

I

EL TERROR EN ARCILLA

Lo más compasivo que existe en el mundo, pienso, es la incapacidad de la mente humana de relacionar todo su contenido. Vivimos en una plácida isla de ignorancia rodeada de negros mares de infinidad, y no estamos pensados para viajar lejos. Las ciencias, cada una apuntando en su propia dirección, hasta ahora nos han afectado poco. Pero algún día, cuando se junte el conocimiento disociado, se abrirán paso unas vistas tan terribles de la realidad y de nuestra aterradora posición en ella que, o bien nos volveremos locos ante esta revelación, o huiremos de la fatídica luz hacia la paz y la seguridad de una nueva era de las tinieblas.

Los teósofos han especulado sobre la impresionante grandeza del ciclo cósmico en donde nuestro mundo y el género humano forman incidentes transitorios. Han sugerido la existencia de extraños supervivientes con términos que helarían la sangre si no se enmascararan con un fofo optimismo. Pero no procede de ellos la fugaz visión de milenios prohibidos que me estremece cuando pienso en ella y me lleva a la locura cuando sueño con ella. Esa visión, como todas las visiones aterradoras de la verdad, fue la iluminación resultante de unir un conjunto de cosas separadas; en este caso, la noticia de un viejo periódico y las anotaciones de un profesor fallecido. Espero que nadie más consiga unir piezas de este tipo. Sinceramente, si vivo, nunca facilitaré a sabiendas un eslabón de

una cadena tan horrible. Creo que el profesor también pensaba mantener en silencio la parte que él conocía, y que habría destruido sus anotaciones si la muerte no le hubiera atrapado de forma repentina.

Mi conocimiento sobre el asunto comenzó en el invierno de 1926-1927, a raíz de la muerte de mi tío abuelo George Gammell Angell, profesor emérito de Lenguas Semíticas en la Brown University de Providence, Rhode Island. El profesor Angell era ampliamente reconocido como una autoridad en inscripciones antiguas, y los responsables de importantes museos habían recurrido a él en numerosas ocasiones, por lo que su fallecimiento a los noventa y dos años de edad puede que sea recordado por muchos. En el ámbito local, el interés se vio avivado por el misterio de la causa de su muerte. El profesor había muerto mientras regresaba del barco de Newport: cayó de repente, según declararon los testigos, después de haber sido empujado por un negro con aspecto de marinero que había salido de uno de los extraños callejones oscuros de la empinada ladera que permitían atajar desde la costa hasta la casa del difunto en Williams Street. Los médicos fueron incapaces de encontrar ninguna enfermedad visible, pero concluyeron, tras una perpleja discusión, que alguna lesión de corazón incierta, inducida por la brusca ascensión de tan empinada colina por parte de un hombre de tan avanzada edad, era la responsable de aquel final. Por aquel entonces yo no tenía ninguna razón para disentir de este dictamen, pero últimamente soy propenso a dudar y a más que dudar.

Como heredero y albacea de mi tío abuelo, dado que murió viudo y sin descendientes, se esperaba que yo examinara sus papeles con detenimiento, y con ese propósito trasladé todos sus documentos y cajas a mi domicilio, en Boston. Gran parte

del material que estudié será publicado más adelante por la Sociedad Norteamericana de Arqueología, pero había una caja que me pareció sumamente enigmática y que me resistía más a mostrar a otros ojos. Estaba cerrada con llave y no encontré la llave en cuestión hasta que se me ocurrió examinar el llavero personal que el profesor llevaba siempre en el bolsillo. Entonces, efectivamente, logré abrirla, pero al hacerlo descubrí que parecía encontrarme ante otro obstáculo todavía mayor y más hermético. ¿Qué podían significar el extraño bajorrelieve de arcilla y las anotaciones, historias y recortes inconexos que encontré? ¿Había dado crédito mi tío a las más burdas imposturas en sus últimos años de vida? Decidí buscar al excéntrico escultor responsable de la evidente alteración de la paz mental de un anciano.

El bajorrelieve era un rectángulo irregular de menos de tres centímetros de grosor y de unos doce por quince centímetros de superficie, de origen claramente moderno. Sus representaciones, sin embargo, estaban lejos de ser modernas en atmósfera y poder de sugestión. Aunque los caprichos del cubismo y del futurismo son muchos y muy extravagantes, a menudo estos no reproducen esa regularidad críptica que se esconde tras la escritura prehistórica. Y escritura de alguna clase parecía ser la mayor parte de estas figuras, aunque mi memoria, a pesar de tanta familiaridad con los papeles y colecciones de mi tío, no acertaba de ningún modo a identificar este espécimen concreto, ni siquiera a adivinar sus afiliaciones más remotas.

Sobre estos supuestos jeroglíficos se hallaba una figura de evidente intención pictórica, pese a que su ejecución impresionista impedía alcanzar una idea clara de su naturaleza. Parecía que se trataba de una especie de monstruo, o de símbolo que representaba a un monstruo, de forma tal que solo una

imaginación desequilibrada podría concebir. Si dijera que, de algún modo, mi extravagante imaginación evocaba imágenes simultáneas de un pulpo, un dragón y una caricatura humana, no daría una imagen equivocada del espíritu del objeto. Una cabeza pulposa con tentáculos coronaba un grotesco cuerpo cubierto de escamas y dotado de alas rudimentarias, pero era el contorno general del conjunto lo que lo hacía más asombroso y aterrador. Detrás de la figura aparecía una vaga insinuación de un fondo arquitectónico ciclópeo.

Los escritos que acompañaban a esta rareza, junto con una pila de recortes de prensa, mostraban la caligrafía más reciente del profesor Angell y no aspiraban a ningún tipo de estilo literario. Lo que parecía ser el documento principal se titulaba «EL CULTO DE CTHULHU», escrito con caracteres meticulosamente trazados para evitar la lectura incorrecta de una palabra tan insólita. El manuscrito estaba dividido en dos secciones; la primera se titulaba: «1925: Sueño y obra onírica de H. A. Wilcox, Thomas St., 7, Providence, Rhode Island»; y la segunda: «Relato del inspector John R. Legrasse, Bienville St., 121, Nueva Orleans, Luisiana, en la conferencia de 1908 de la SNA. Notas del mismo e informe del profesor Webb». Los otros documentos eran notas breves, algunas de ellas relatos de los sueños extraños de varias personas, y otras, citas de libros teosóficos y revistas (cabe destacar las del *Atlantis and the Lost Lemuria* de W. Scott Elliot).¹ El resto de los papeles contenía comentarios de sociedades secretas y cultos escondidos que

1. William Scott-Elliot (fallecido en 1930) fue un teósofo, banquero y antropólogo aficionado que escribió varias obras sobre las razas humanas primitivas que poblaron los continentes perdidos de Atlántida y Lemuria. La citada *The Story of Atlantis and the Lost Lemuria* («Historia de Atlántida y la perdida Lemuria») se publicó en 1925.

habían sobrevivido mucho tiempo, con referencias a pasajes de libros de consulta mitológicos y antropológicos como *La rama dorada* de Frazer² y *El culto de la brujería en Europa occidental* de Margaret Murray.³ Los recortes aludían en su mayoría a enfermedades mentales raras y a brotes de locura y manía colectiva en la primavera de 1925.

La primera mitad del manuscrito principal narraba una historia muy peculiar. Al parecer, el 1 de marzo de 1925, un delgado hombre moreno de aspecto neurótico y agitado había visitado al profesor Angell y había traído consigo el singular bajorrelieve de arcilla, que entonces permanecía sumamente húmedo y fresco. Su tarjeta mostraba el nombre de Henry Anthony Wilcox y mi tío lo había identificado como el hijo menor de una familia bien posicionada a la que conocía un poco. Estudiaba escultura desde hacía poco en la Escuela de Diseño de Rhode Island y vivía solo en el edificio Fleur-de-Lys, cerca de la institución. Wilcox era un joven precoz conocido por su genialidad pero también por su gran excentricidad, y desde la infancia había llamado la atención por las historias y sueños extraños que acostumbraba a relatar. Se autodenominaba «psíquicamente hipersensible», pero la gente seria de la antigua ciudad comercial se limitaba a tildarlo de «rarito». Sin mezclarse nunca con los de su clase, había ido perdiendo poco

2. Sir James George Frazer (1854-1941) fue un antropólogo escocés cuyo estudio comparativo sobre mitología y religión ejerció una enorme influencia. *La rama dorada* fue publicada en dos volúmenes en 1890 y se incrementó hasta llegar a doce volúmenes. En 1922, el autor los sintetizó en un solo libro.

3. Margaret Alice Murray (1863-1963) fue una antropóloga y egiptóloga británica que teorizó sobre la existencia de una religión europea pagana precristiana, como se ilustra en *El culto de la brujería en Europa occidental*, publicado en 1921.

a poco la visibilidad social y ahora solo lo conocía un pequeño grupo de estetas de otras ciudades. Incluso el Club Artístico de Providence, que ansiaba preservar su conservadurismo, lo consideraba un caso perdido.

Con ocasión de la visita, según reza el manuscrito, el escultor solicitó bruscamente el beneficio de los conocimientos arqueológicos de su anfitrión para identificar los jeroglíficos del bajorrelieve. Hablaba de una forma ausente y afectada, que sugería falsedad y antipatía, y mi tío mostró algo de aspereza en su respuesta, pues la evidente frescura de la tabla implicaba afinidad con cualquier materia excepto con la arqueología. La contestación del joven Wilcox, que impresionó a mi tío lo suficiente para que la recordara y la registrara palabra por palabra, fue de un carácter fantástico y poético, que debía de ser típico de toda su conversación y que después yo mismo he encontrado muy característico de su personalidad. Alegó:

–Es nueva; de hecho, fui yo quien la realizó anoche en un sueño sobre ciudades extrañas. Y los sueños son más antiguos que la taciturna Tiro, la contemplativa Esfinge o la ciudad ajardinada de Babilonia.

Ahí es cuando comenzó a contar aquel relato inconexo que de repente animó una memoria somnolienta y despertó el interés enfebrecido de mi tío. La noche anterior tuvo lugar un pequeño terremoto, el más grave sufrido en Nueva Inglaterra durante años, y la imaginación de Wilcox se había visto afectada profundamente. Cuando se retiró para descansar, tuvo un sueño sin precedentes sobre grandes ciudades ciclópeas de bloques gigantes y monolitos que tocaban el cielo, de los que rezumaba un lodo verde y un horror latente. Los jeroglíficos habían cubierto las paredes y los pilares y de algún punto

bajo indeterminado había emergido una voz que no era una voz; una sensación caótica que solo la imaginación podía transmutar en sonido, pero a la que intentó referirse con un revoltijo de letras casi impronunciable: «Cthulhu fhtagn».

Este revoltijo verbal era la clave del recuerdo que había entusiasmado y perturbado al profesor Angell. Interrogó al escultor con minuciosidad científica y estudió con una intensidad casi frenética el bajorrelieve en el que el joven se había encontrado trabajando, aterido y ataviado solo con su ropa de dormir, cuando despertó desconcertado. Mi tío culpó su avanzada edad, según declaró Wilcox más tarde, por su lentitud en reconocer tanto los jeroglíficos como el diseño pictórico. A su visitante muchas de sus preguntas le parecían fuera de lugar, especialmente las que intentaban relacionarle con cultos o sociedades extrañas. Wilcox tampoco podía entender las repetidas promesas de silencio que le ofrecía a cambio de confesar que era miembro de algún grupo extendido de tipo místico o asociado a alguna religión pagana. Cuando el profesor Angell quedó convencido de que el escultor efectivamente desconocía cualquier tipo de culto o sociedad de tradición críptica, abrumó a su visitante con peticiones de que le informara sobre sus sueños futuros. Esto produjo resultados de cierta regularidad, ya que, después de la primera entrevista, el manuscrito recoge visitas diarias del joven en las que relataba fragmentos sorprendentes de imaginación nocturna cuyo contenido eran siempre visiones ciclópeas de oscura piedra húmeda, con una voz o inteligencia subterránea que gritaba de manera monótona en enigmáticos impactos de sentido que no se podían transcribir salvo como jerigonza. Los dos sonidos repetidos con más frecuencia eran los que las cartas representaban como «Cthulhu» y «R'lyeh».

El 23 de marzo, continuaba el manuscrito, Wilcox no apareció, y las preguntas a sus vecinos revelaron que había contraído una clase de fiebre misteriosa y le habían trasladado a la casa de su familia en Waterman Street. Los alaridos que había lanzado durante la noche habían provocado que otros artistas del edificio se despertaran y desde entonces solo había dado señales alternas de inconsciencia y de delirio. Mi tío telefoneó en seguida a la familia y de ahí en adelante siguió el caso de cerca. Hacía visitas frecuentes a Thayer Street, donde se ubicaba la consulta del doctor Tobey, quien, como pudo averiguar, estaba a su cargo. La mente febril del joven, según parecía, se obcecaba con cosas extrañas, y el doctor se estremecía a veces cuando hablaba de ellas. Estas no solo incluían una repetición de lo que había soñado anteriormente, sino también la mención extravagante de algo gigantesco, de «kilómetros de altura», que caminaba o se arrastraba. En ningún momento describió este objeto por entero, pero algunas frenéticas palabras eventuales, que el doctor Tobey repitió, convencieron al profesor de que debía de ser idéntico a la monstruosidad sin nombre que había intentado representar en su escultura onírica. Las referencias a este objeto, añadió el doctor, preludiaban siempre la recaída del joven en un estado de letargo. Su temperatura, aunque parezca inverosímil, no era mucho más elevada de lo normal, pero su condición general sugería más bien una verdadera fiebre en lugar de un trastorno mental.

El 2 de abril, sobre las tres de la tarde, toda señal de la dolencia de Wilcox cesó de repente. Se incorporó en la cama, asombrado de encontrarse en casa y completamente ignorante de lo que había ocurrido en sueño o realidad desde la noche del 22 de marzo. El médico afirmó que ya estaba bien y él volvió a su domicilio a los tres días, pero al profesor Angell

ya no le fue de ninguna ayuda. Todos los indicios de sueños extraños se habían desvanecido con su recuperación, y mi tío dejó de registrar sus pensamientos nocturnos al cabo de una semana de narraciones inútiles e irrelevantes sobre visiones completamente normales.

Aquí acababa la primera parte del manuscrito, pero las referencias a algunas de las notas desperdigadas me dieron mucha materia para la reflexión –tanta que, de hecho, solo el arraigado escepticismo que constituía entonces mi filosofía puede explicar mi continuada desconfianza hacia el artista–. Las notas en cuestión describían los sueños de varias personas que cubrían el mismo período en el que el joven Wilcox había experimentado aquellas insólitas visiones. Al parecer, mi tío había instituido rápidamente una red de averiguaciones prodigiosamente extensa entre casi todos los amigos a los que podía preguntar sin importunar, a quienes solicitaba información de los sueños de cada noche y de las fechas de visiones destacadas que hubieran tenido anteriormente. Su petición parecía haber sido recibida de manera desigual; pero, finalmente, debió de recibir más respuestas de las que cualquier hombre corriente podría haber manejado sin un secretario. Su correspondencia original no se ha conservado, pero sus notas configuraban un compendio concienzudo y verdaderamente significativo. La gente de clase media y de los negocios –la tradicional *sal de la tierra* de Nueva Inglaterra– arrojaba un resultado casi completamente negativo, aunque de vez en cuando aparecían algunos casos aislados de inquietantes impresiones nocturnas sin forma, siempre entre el 23 de marzo y el 2 de abril, el período de delirio del joven Wilcox. Los científicos no se habían visto mucho más afectados, aunque cuatro casos de vaga descripción indicaban atisbos fugaces

de extraños paisajes, y en un caso se mencionaba el temor hacia algo anormal.

Fue de los artistas y de los poetas de donde llegaron las respuestas oportunas, y soy consciente de que hubiera estallado el pánico si estos hubieran tenido la ocasión de comparar las notas. Pero, a falta de sus cartas originales, me atreví a sospechar que el compilador debía de haber realizado preguntas sesgadas o debía de haber alterado la correspondencia con el fin de que corroborara la conclusión a la que había decidido llegar de antemano. Por este motivo yo continuaba creyendo que Wilcox, de algún modo conocedor de los antiguos datos que había guardado mi tío, había engañado al anciano científico. Las respuestas de los estetas narraban un relato inquietante. Del 28 de febrero al 2 de abril, muchos de ellos habían tenido sueños muy extraños, cuya intensidad fue inconmensurablemente mayor durante el período de delirio del escultor. Una cuarta parte de los que notificaron algún suceso notificaron imágenes y una especie de sonidos no muy distintos de los que Wilcox había descrito, y algunos de los que habían experimentado estos sueños confesaron un miedo intenso al enorme ente sin nombre que se hacía visible hacia el final. Un caso, que las notas describen con énfasis, parecía particularmente conmovedor. El sujeto, un arquitecto muy conocido y aficionado a la teosofía y al ocultismo, se volvió loco de forma violenta el día del ataque de Wilcox y murió unos meses después, tras gritar incesantemente que le salvaran de algún morador del infierno que había escapado. Si mi tío se hubiera referido a estos casos con nombres en lugar de con simples números, podría haber intentado corroborar estos datos y proceder a una investigación personal, pero, como no era este el caso, logré localizar solo a unos pocos afectados. Sin embargo, estos confirmaron

las notas punto por punto. Me he preguntado muchas veces si todos los sujetos del interrogatorio del profesor se sentirían tan desconcertados como los que llegué a conocer. Menos mal que nunca obtendrán una explicación.

Los recortes de prensa, como pude apreciar, hacían referencia a casos de pánico, locura y excentricidad durante el período en cuestión. El profesor Angell debía de haber dispuesto de un gabinete de recortadores, puesto que el número de extractos era desmesurado y las fuentes procedían de todas las partes del globo. Había un suicidio nocturno en Londres, donde un solitario ciudadano que dormía había saltado de la ventana tras un grito desesperado. Se encontraba también una carta incoherente al director de un periódico en Sudamérica, donde un fanático deduce un futuro funesto a partir de las visiones que ha tenido. Un comunicado de California habla de una colonia de teósofos que se pusieron túnicas blancas en masa a la espera de una «culminación gloriosa» que nunca llega, mientras que unos artículos de la India hablan de forma cautelosa de un grave malestar entre los nativos hacia finales de marzo. Las orgías vudús se multiplican en Haití y puestos fronterizos de África informan de rumores ominosos. Los oficiales estadounidenses en Filipinas encuentran díscolas a ciertas tribus en estas fechas, y la policía de Nueva York es acosada por orientales histéricos la noche del 22 al 23 de marzo. El oeste de Irlanda también está lleno de rumores extravagantes y legendarios, y un pintor fantástico llamado Ardois-Bonnot exhibe un blasfemo *Paisaje onírico* en la exposición de primavera de París de 1926. Y tan numerosos son los problemas registrados en los manicomios que es un milagro que la fraternidad médica no advirtiera extraños paralelismos y, desconcertada, sacara conclusiones. Un conjunto de recortes peculiar, en definitiva.

Y, a día de hoy, no puedo entender el implacable racionalismo con el que los aparté, pero entonces estaba convencido de que el joven Wilcox tenía constancia de los viejos asuntos que el profesor había mencionado.

Algar Editorial